

Soporte Técnico a la vecina

Autor: DivasSensuales2.2

Categoría: Adultos / eróticos

Publicado el: 26/06/2026

Diego era un programador remoto recién graduado. Esa tarde revisaba correos en su laptop cuando abrió la ventana para dejar entrar aire por el calor. De repente, escuchó ruido en el patio de al lado: su vecina, la señora Méndez, estaba ahí.

Las paredes de la casa eran altas, pero desde su ventana se veía parte del patio. Disfrutaba verla regar las plantas en ropa corta, aunque también era una vecina muy amable que siempre saludaba con una sonrisa.

Cuando ella apareció en el jardín, él se quedó sin aliento. Llevaba un bikini naranja que apenas le tapaba las tetas y un pequeño triángulo en la entrepierna. Diego la miró fijamente mientras ella se acomodaba en el patio para tomar el sol.

Ella se veía increíble, esbelta y firme. Diego sintió cómo la verga se le empujaba contra los pantalones. Se quedó inmóvil cuando ella se desató las tiras de la espalda exponiendo sus tetas perfectas. Ya no aguantaba la presión, así que se sacó el miembro del pantalón mientras la contemplaba.

Agachándose un poco para no llamar la atención, empezó a pajearse. La señora Méndez se pasó la mano derecha por el cuerpo y, con toda la intención, deslizó los dedos hacia la tanga.

«Oh, se la va a quitar», pensó con los ojos abiertos de par en par. Los dedos de ella se metieron debajo de la tela y desaparecieron; la tanga se abultaba mientras se movían lento por dentro. Él aceleró las pajas al verla, excitándose más cuando el rostro de ella mostró claros gestos de placer.

De pronto, la laptop sonó por una llamada de la oficina. Diego se acomodó la ropa y atendió. Al colgar y mirar hacia afuera, ella ya se había metido a su casa.

Al día siguiente, Diego trabajaba frente a la ventana abierta, esperando escuchar si la señora Méndez salía de nuevo. Pasó la mañana y no hubo rastro de su sexy vecina. Sintió decepción,

pero justo entonces sonó el timbre y bajó corriendo a abrir.

La señora Méndez estaba en la puerta. La mirada de Diego bajó por su cuerpo: llevaba una camiseta sin nada debajo, marcando sus pezones y unos ajustados leggings que delineaban sus labios vaginales sin pudor. Ella notó la mirada y sonrió.

—Hola, Diego, lamento molestarte. Disculpa mi ropa, tengo todo el día limpiando. Quería ver si podías hacerme un favor... Compré un nuevo router y no lo sé instalar —pidió amablemente.

—Sí, claro, no hay problema —respondió tratando de mantener contacto visual—. Este... ¿puedo ir en una hora? Estoy en medio de unos reportes, pero ya casi termino mi turno.

—Sí, perfecto, así me da tiempo de ducharme —dijo ella radiante—. Te veo entonces.

La hora pasó volando. Diego salió corriendo y tocó a su puerta. Las cortinas se movieron y ella le hizo una seña para que entrara.

—Gracias por venir, Diego.

—Puedo esperar afuera mientras se termina de vestir —dijo Diego apartando la mirada, porque ella llevaba una bata de baño.

—No te preocupes —dijo ella—. Me gusta andar cómoda, espero que no te moleste.

—No pasa nada, estamos en su casa.

Ella lo guió a la sala y se agachó para mostrarle los cables y el router nuevo. Él se quedó un paso atrás y vio cómo la bata se le subía por el culo. «No tiene tanga», pensó, y el pantalón se le tensó de inmediato. Al levantarse, ella dio un paso atrás con deliberación y le restregó el culo contra la entrepierna, haciéndole soltar un suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó ella con picardía.

—Sí, este... perdón... estoy bien.

—¿Entonces sabes instalar este modelo? —preguntó suave. Su aliento cálido le rozó la cara al inclinarse y él miró directo al escote.

—Mmm... sí. Debería ser rápido.

—Me encantan los rapiditos —provocó ella.

Diego se sonrojó. Mientras se arrodillaba para comenzar la instalación, ella se paró justo detrás. Él cerró los ojos un segundo, conteniendo las ganas de agarrarla ahí mismo. Le tomó solo unos minutos cambiar el aparato y realizar la configuración.

—Listo —dijo levantándose—, terminado.

—Gracias, Diego. Ahora sí me llegará el wifi hasta el patio, sabes que me gusta tomar el sol ahí —sonrió pícaro—. ¿Disfrutaste la vista ayer desde tu ventana?

Diego se congeló. La verga le dio un brinco dentro del pantalón.

—Este... mmm... ¿cuál vista? —tartamudeó.

—Te vi mirándome desde arriba —respondió ella, acercándose tanto que sus labios casi tocaban su oreja, mandándole una descarga de electricidad por la espalda—. ¿Quieres ver más de cerca?

Antes de que pudiera responder, ella soltó la tira de la bata y se la quitó de un solo movimiento, tirándola al piso. Diego contempló su cuerpo desnudo con la boca abierta. Se veía espectacular: tetas firmes y la concha depilada.

—Veo que sí te gusta —se burló ella, señalando el enorme bulto en su pantalón—. Cuando me viste ayer, ¿qué querías hacerme? ¿Querías cogerme, Diego? —preguntó apretándose las tetas.

El pulso se le aceleró aún más cuando ella se pegó a él.

—¿Querías, Diego?

Él asintió, completamente tenso. Ella sonrió, se dio la vuelta y se apoyó de manos sobre un mueble, abriendo un poco las piernas.

—Bueno, esta es tu oportunidad.

Diego se desnudó por completo sin perder tiempo. Ella miró por encima del hombro su verga palpitante y dura.

—¿Sabes usar todo eso, vecino? —bromeó.

Diego dio un paso al frente, se pegó a su espalda y rozó la punta contra los labios de su concha, que ya estaba húmeda.

—Cógeme, Diego —susurró ella.

Él empujó la cadera hacia adelante y la verga se deslizó completa dentro de ella.

—¡Ahhhhhh! —gimió ella, aferrándose al mueble.

Empezó a moverse, agarrándola firmemente de las caderas para pegarla más a él en cada entrada. La verga entraba y salía sin esfuerzo, lubricada por el deseo. Ella le empujaba el culo hacia atrás, hundiéndose más y apretándole el miembro.

—Oh, Dios —jadeó él, sintiendo el calor de su cuerpo.

—¡Sí! ¡Sí! —gemía ella de corrido.

Cambiando de ritmo, la empujó más contra el mueble con embestidas más fuertes y seguidas.

—¡DIOS, SÍ, ASÍ! —gritó ella, perdiendo el control.

Cada vez que la verga se le hundía hasta el fondo, ella soltaba un quejido largo.

—Señora Méndez, está buenísima —gimió al oído.

Su concha le apretaba la verga mientras se contraía en espasmos durante un fuerte orgasmo. A él se le llenaron las bolas de presión.

—Oh, vecina... Me voy a venir —gritó.

—Acaba adentro... Dámela toda —jadeó ella, apretando el culo.

Él sintió la verga palpar, soltando los chorros de leche profundo mientras se vaciaba por completo. Ella soltó un gemido ahogado que resonó por la casa. Agotado, se dejó caer sobre su

espalda, con los cuerpos pegajosos de sudor y fluidos. Después de un momento se salió despacio y las últimas gotas de semen cayeron al suelo.

Ella se dio la vuelta, le sonrió y le acarició el pecho.

—¿Mucho mejor que mirarme por la ventana? —dijo con una sonrisa pícara.

Él asintió, todavía mareado por el placer.

—Perfecto —dijo ella—. La próxima vez, puedes ver sin esconderte y creo que te pediré más favores de ahora en adelante.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [DivasSensuales2.2](#)

Más relatos de la categoría: [Adultos / eróticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)